

Para un pensamiento del Sur

¿Qué es el Sur? En primer lugar, se trata de una noción falsamente clara. Si es evidente que el sur se define con relación al norte, un sur –como el Magreb con relación a Europa– es un norte para el África. En Europa, Italia es un país del sur europeo, que limita al norte con Milán, la Lombardía. País del Norte, al sur de Francia está: la Provenza, la Languedoc. Metrópolis del sur, Sao Paulo está muy impregnada de norte. La noción de sur es relativa. Debemos; por tanto, evitar cualquier reificación o *sustancialización* del término “sur”. En cuanto al norte, a ese tampoco se lo puede concebir como entidad geográfica. Es muy heterogéneo y no hablamos, por supuesto, de Rusia, más cercana culturalmente al sur europeo que al norte anglosajón, ni por supuesto de Siberia. Tampoco se lo puede entender como un tipo ideal, al modo concebido por Max Weber. No es, de igual manera, una noción reductora, que olvidaría todas las cualidades provenientes del norte. La verdad, lo que hoy denominamos de Norte hace algunas décadas lo conocíamos como Occidente, cuando lo oponíamos al Oriente; se volvió norte, opuesto del sur, cuando se dejó de usar el término Tercer Mundo. Para el sur, existe, de hecho, una hegemonía del norte, que es la hegemonía de la técnica, de la economía, del cálculo, de la racionalización, de la rentabilidad y de la eficiencia. No se deben rechazar esas nociones, aunque un pensamiento del Sur quizás deba expresarse de manera consciente y crítica respecto de ellas, por el hecho de que esa hegemonía insufla intensamente su dinamismo en el planeta como un todo. Y más aún porque el Norte se está actualmente devorando –o tratando de devorar– al Sur.

Existen evidentemente varios sures, muy diferentes los unos de los otros, pero se los somete a una concepción única proveniente del norte, del atraso, del subdesarrollo, de lo imperativo del desarrollo y de la modernización. Esa visión impide percibirse que en los sures existen cualidades, virtudes, artes de vivir, modos de conocimiento, que deberían no solo salvaguardarse, sino también difundirse a los Nortes. Para alcanzarse una plena consciencia de las cualidades y virtudes del sur, se necesitaría un pensamiento del Sur. Un pensamiento como ese todavía tiene que elaborarse a partir de las experiencias de los diversos sures.

Se hace necesaria una aclaración preliminar. He afirmado que norte y sur eran nociones relativas. Hay que añadirse que no es necesario idealizar ni desvalorizar la una ni la otra. Cualquier cultura o cualquier civilización (aquí la distinción entre ambas poco importa) tienen cualidades, virtudes, ilusiones, imperfecciones.

Oriunda del occidente europeo, desarrollada en el mundo anglosajón, la cultura del norte aportó con la democracia representativa, los derechos humanos, los derechos de la mujer, las autonomías individuales. Sin embargo, también posee carencias profundas, concentradas en el poder y en los desarrollos materiales; tiene sus cegueras, sus ilusiones, expresadas hasta una época reciente en la ocultación de la relación vital entre el ser humano y el mundo natural o en el mito de un progreso concebido como ley ineluctable de la historia humana. Del lado de los sures, numerosas culturas mantienen la autoridad incondicional de los poderes políticos y religiosos, la dominación del hombre sobre la mujer, interdictos de todos tipos. La totalidad de la

reflexión propuesta aquí es la del rechazo a la reducción (de un complejo a uno de sus elementos), de la disyunción (que separa ideas aparentemente antagónicas, pero, sin embargo, complementarias).

¿Cuál podría ser la contribución del mediterráneo a la elaboración de un pensamiento como ese? Existe la herencia cultural más antigua que, sin duda, es la de una divinidad universal, a la que el faraón Akenaton quiso reconocer y adorar por medio del sol. El dios universal reapareció en la Biblia y en los Evangelios. Ese refuta los múltiples dioses de las religiones politeístas. En mi opinión, un pensamiento del Sur conciliaría el sentido de la diversidad concreta de la naturaleza expresada por los dioses de los politeísmos antiguos, sobre todo el griego y el latino, así como el sentido de la unidad del universo que el Dios Único expresa.

A partir de Pablo de Tarso surgió una religión dirigida a todos los seres humanos en la que “ya no hay judíos ni gentíos”. Esa posee una fuente de universalidad concreta, que se dirige hacia la multiplicidad humana en sus diferentes etnias y que se reencontrará en el Islán y después, laicizada, en el humanismo europeo.

Encontramos otra fuente de universalidad en la herencia cultural helénica: cualquier ser humano está dotado de razón, lo que le permite ejercer su competencia en la política de la Polis. La diosa Atenea no dirige la ciudad de Atenas, sino que la protege. Quien la dirige es la Asamblea de los ciudadanos. Y, tanto en la democracia como en la filosofía ateniense, el debate desempeña un papel central: es el camino hacia la verdad. Además de eso, la filosofía se define no solo como una búsqueda por la sabiduría sino, y sobre todo, como una instancia de reflexión acerca de todas las cosas.

Necesitamos, además, asumir la herencia universalista del imperio romano expresada en el Edicto de Caracalla, que reconoció los derechos de ciudadano romano a cualquier habitante del Imperio, sin importar su origen étnico.

Se necesita, de igual manera, asumir el mensaje del Renacimiento –otro mensaje del sur– y ese mensaje, que necesitamos asumir y retomar, expresado en el término “problematizar”. El Renacimiento es un movimiento del espíritu en el que se problematiza al mundo: “¿Qué es el mundo?” Se problematiza al hombre: “¿Qué es el hombre?” Se problematiza la naturaleza: “¿Qué es la naturaleza?” Se problematiza a Dios: “¿De qué Dios hablamos? ¿Él existe?”

Un humanismo nació a raíz de esa problematización. La palabra “humanismo” tiene dos caras. Hay una cara que necesitamos abandonar. La del hombre dominador, destinado a hacerse señor y maestro de la naturaleza, según la formulación de Descartes. Debemos rechazar ese humanismo arrogante, porque sabemos, de ahora en adelante, que cualquier pretensión de dominar a la naturaleza degrada no solo a esa naturaleza, sino también a nuestra humanidad, inseparablemente conectada a ella, que depende de ella más que ella de nosotros. La otra cara del humanismo es la del valor y de la dignidad de todo ser humano, quienquiera que sea, venga de donde venga. Es ese humanismo que debemos no solo asumir, sino también difundir en esta era planetaria, en la que toda la humanidad vive una comunidad de destino.

Tenemos que asumir, además, la herencia cultural del Renacimiento, porque hoy nuevamente debemos problematizar al mundo. Nuestro universo ya no es el de Copérnico y de Galileo, en el que el sol era el centro. Hay un universo gigantesco, en el que ya no hay centro, en el que la Tierra es un minúsculo planeta de un minúsculo sol, astro menor de una pequeña galaxia periférica. Debemos problematizar lo real: ¿dónde está la “verdadera” realidad? ¿En las partículas y en los átomos? ¿En los objetos de nuestra percepción? ¿En nuestra mente? ¿Qué significa la realidad hoy en día?

Debemos re-problematizar nuestra relación con la naturaleza, a la que hemos estado considerando como hecha de objetos a ser manipulados, domesticados o destruidos, cuando estamos inseparablemente y vitalmente conectados a ella. Debemos re-problematizar nuestras creencias y credos, a comenzar por nuestra creencia en un progreso irreversible de la humanidad.

Necesitamos, en fin, problematizar al propio instrumento de la problematización, la razón. Debemos empezar a entender que la razón no es única, monolítica, simple. Existe una racionalidad abierta, que reconoce los límites de su capacidad de aprehensión y que no se puede sino reconocer el misterio del universo.

Existe la racionalidad teórica, que elabora sistemas de ideas. Existe la racionalidad crítica, que ataca las creencias infundadas. Existe la racionalidad autocrítica, que examina racionalmente su propia cultura y su propia persona. Existe la razón cerrada, incapaz de acoger los argumentos y los hechos que la contradicen. Existe una racionalidad caliente, estimulada por una pasión. Existe la racionalidad glacial del cálculo. Existe una racionalidad degenerada, que es la racionalización fundada en una lógica implacable y limitada. Existe la racionalidad instrumental, que está al servicio de los delirios y crueldades humanas. Tenemos, evidentemente, que regenerar qué contiene la virtud de la racionalidad: la capacidad teórica, la capacidad crítica, la denuncia de los dogmas, la resistencia al anatema y, sobre todo, también, la capacidad autocrítica, que todavía está muy subdesarrollada.

Necesitamos mezclar esas herencias culturales mediterráneas con las herencias culturales africana y sudamericana. Por más diferentes que sean, todas comportan modos míticos o religiosos de integración al cosmos y a la naturaleza, de los que debemos extraer la verdad profunda y conectarla a nuestra nueva consciencia ecológica, que reconoce nuestra integración a la biosfera, algo que el devenir de la mundialización continúa a degradar, impulsado por el norte. Existe la herencia de las tradiciones de solidaridad, que implica integrar y no destruir. Existen múltiples conocimientos, saberes sobre el mundo mineral, vegetal y animal que tenemos que incorporarlos. Existen artes de vivir muy diversas y ricas, inclusive en las pequeñas sociedades indígenas de Sudamérica y de África.

De ese modo, al reunir y conjugar todas esas herencias culturales, un pensamiento del Sur es capaz de provocar una nueva y amplia problematización.

Comencemos por problematizar la mundialización. Iniciado a finales del siglo XV, con la conquista de las Américas y la navegación al redor del globo, ese proceso se

desarrolló en y por medio de la colonización y de la esclavitud y, a partir de los años 1990, se desdobló bajo la forma de la globalización. Este proceso prosigue de manera desenfrenada. La ciencia, la técnica, la economía, el lucro son los motores de ese dinamismo que propulsa la nave espacial Tierra. Este dinamismo científico-técnico-económico ocasionó nuevos peligros para toda la humanidad con la proliferación de las armas nucleares, con la degradación de la biosfera, con las poli-crisis planetarias y, también, con los nuevos conflictos étnico-religiosos que dilaceran nuestro planeta y pueden provocar la utilización de las armas de aniquilamiento.

Somos testigos y víctimas actuales de una crisis económica producto de la ausencia de regulación de una economía mundial corrompida por la especulación financiera. Esta crisis se encierra en un conjunto de crisis. Crisis en la relación entre los seres humanos y la naturaleza, como lo comprueban las múltiples degradaciones de la biosfera. Crisis en las sociedades tradicionales, que tienden a desintegrarse bajo el dinamismo de esa mundialización que, en verdad, es una occidentalización. Crisis de la propia modernidad, ya que no solo la modernidad alcanzada en los países de Europa Occidental y en los Estados Unidos no cumplió con las promesas de una mejor vida, de una vida emancipada, de una vida armoniosa, sino lo contrario de eso, creó un nuevo malestar en la civilización. Crisis de la modernidad también, en el sentido de que lo que justificaba su devenir era la idea transformada en dogma universal en el siglo XX, de que el progreso era una ley implacable de la historia humana. Lo que pasa es que, progresivamente, descubrimos que los motores del progreso eran profundamente ambivalentes, como la ciencia, la técnica, el desarrollo. Descubrimos, además, que la promesa murió, que el futuro es incierto, que el mañana es desconocido. La autodestrucción de la idea de progreso nos condujo a una crisis del futuro. Y, ante la crisis del futuro, de la angustia del presente, ¿qué queda a no ser el regreso a las raíces, es decir, al pasado? El filósofo checo Jan Patocka formuló la visión más correcta acerca de ese tema: “El devenir es problematizado y para siempre lo será”. Lo que quiere decir que la aventura humana es desconocida.

Así, todas esas crisis conllevan a una crisis del desarrollo. Es cierto que el desarrollo nos brindó bienestar, autonomías individuales, emancipaciones por medio de la creación de nuevas clases medias. Pero el desarrollo resultó también en la destrucción de las solidaridades tradicionales, nuevas corrupciones, crecimiento de las desigualdades por toda partes del globo, enormes miserias. Observamos ese conjunto de sucesos en Asia, en Latinoamérica, en África, en megalópolis con inmensos suburbios o periferias empobrecidas. Como afirmó, muy acertadamente, el pensador iraní Majid Rahnema, “la miseria trajo consigo la pobreza”. Ciertamente una parte de la pobreza se disipó por la prosperidad de las nuevas clases medias, pero la pobreza que permitía un mínimo de vida digna fue superada en gran parte por la miseria, que implica dependencia, humillación.

Vivimos, entonces, la crisis del desarrollo que es, al mismo tiempo, la crisis de la occidentalización y la crisis de la mundialización. Son tres caras de la misma crisis. La crisis de la mundialización es, también, la crisis de la unificación tecno-económica del globo. Esa crisis pasó tras el colapso de las economías dichas socialistas en la Unión Soviética, en China, en Vietnam, en y por la mundialización del capitalismo y de las telecomunicaciones, que permiten a todos los puntos del planeta estar en conexión

inmediata (teléfono, fax, internet). Presenciamos una increíble unificación del planeta. Sin embargo, esa unificación coincide con descomposiciones de todas las modalidades: la Unión Soviética se desagrega en naciones nuevas y, muchas veces, antagónicas, como Azerbaiyán y Armenia y, recientemente, Georgia y la misma Rusia; justo después de 1990, la ofensiva de los nacionalismos croata y serbio desagrega a una nación aparentemente integrada como Yugoslavia y provoca una guerra atroz, contra la que Europa se mostró impotente. Después, Checoslovaquia se dividió en dos regiones y, a partir de 1989, constituye la llamada República Eslovaca. Por todas partes, fuerzas centrífugas están en acción en el seno de las naciones y de las etnias que reivindican su transformación en naciones.

Esa coincidencia puede comprenderse, porque la unificación tecno-económica produjo la desarticulación sociocultural: esa unificación trajo consigo una homogeneización civilizacional que, en incontables casos, amenaza las originalidades y las singularidades culturales, étnicas, nacionales. De ahí resulta una reacción de retorno a la nación, a la etnia e, incluso, a la religión. Cada vez más, el proceso de unificación provoca aún más desagregación, del mismo modo que la incertidumbre histórica trajo simultáneamente la pérdida de la fe en el progreso, la pérdida de la esperanza en un mundo nuevo, la angustia del presente, lo que contribuyó para el cierre de las naciones y de las mentes, para el retorno al pasado religioso, étnico y/o nacional.

Observamos el desencadenamiento combinado de dos plagas para la humanidad. La primera plaga es la unificación abstracta y homogeneizadora que destruye las diversidades. La segunda es el cierre de las singularidades en sí mismas que, de ese modo, se vuelven abstractas, porque se aíslan del resto de la humanidad. Vivimos el proceso de dos abstracciones de diferente naturaleza.

Es necesario entenderse el vínculo entre la unidad y la diversidad humanas. Es evidente que existe una unidad anatómica, genética, fisiológica, cerebral, afectiva de todos los seres humanos, pero esa unidad se expresa de una manera extremadamente diferenciada. No hay dos individuos idénticos: incluso mellizos homocigotos se diferencian el uno del otro. Pasa lo mismo con la cultura (es decir, todo lo que se aprende: culturas, actividades, creencias, mitos, etc.), marca universal en la humanidad que solo existe por fuerza de las culturas singulares –la música solo existe por medio de las músicas, etc.– lo que hace que el tesoro de la unidad humana sea la diversidad y el de la diversidad humana la unidad. Leibniz afirmaba: “El uno conserva y salva el múltiplo”. Esa recomendación fundamental podría indicarnos un camino para salir del antagonismo entre la diversidad cerrada en sí misma y la unidad abstracta, un camino que un pensamiento del Sur debería concebir.

Estamos confrontados con la crisis de la humanidad que no consigue alcanzar la humanidad. Estamos confrontados con un planeta que, al mismo tiempo en que da continuidad al dinamismo triunfante de la técnica, de la ciencia y de la economía coloca al planeta en una situación peligrosa. Con gran lucidez, Heidegger afirmaba que a pesar de que creemos estar en una nueva era del Iluminismo, entramos en la noche y en la oscuridad.

Lo que es hegemónico en el Norte produce ahora una ceguera respecto de la globalización y de la crisis de la humanidad. Es la ceguera del pensamiento fundado esencialmente en el cálculo, ciego para la existencia, la alegría, el sufrimiento, la infelicidad, la consciencia, ciego para el lado humano de la humanidad.

La visión de producción y cantidad del norte ignora las cualidades y; por lo tanto, la calidad de vida. Por ello, uno de los mensajes del sur debería ser: "Antes mejor que más" y muchas veces incluso "¡menos, pero mejor!" Claramente, cuando se trata de los desposeídos, lo más debe caminar junto con lo mejor. Pero cuando se observa el proceso mundial de producción y consumo de objetos, unos con cualidades ilusorias, que se tornan rápidamente otros y se vuelven obsoletos, la mayoría de esos desechables y no reparables; modas superficiales, desperdicios de energías, tiempos, bienes, debemos concientizarnos de que nuestra civilización suscita y sufre de incontables intoxicaciones consumistas.

El pensamiento dominante del Norte está basado en la reducción de lo complejo a lo sencillo y en la disyunción, es decir, en la separación y lo que, en verdad, es inseparable. El espíritu de reducción ha permitido aislar la célula, la molécula, el átomo, la partícula. El espíritu de disyunción ha posibilitado el desarrollo de las disciplinas productoras de los conocimientos que nos llevaron a rever enteramente nuestra visión del mundo y de la vida. La especialización de las disciplinas cerradas, extrañas las unas a las otras, conlleva, sin embargo, al primado de un pensamiento que se vuelve miope, que aísla los objetos de sus contextos y de sus lazos naturales. Ese pensamiento es ciego a lo que es global y fundamental, porque los conocimientos separados no permiten aprehender la complejidad de los fenómenos globales y el carácter fundamental de nuestros problemas vitales.

El pensamiento fundado en la noción de *homo economicus*, determinado únicamente por el interés personal, es ciego a todo lo que escapa a ese interés: el amor, la dádiva, la comunión, el juego. Podemos incluso decir que las conquistas del Norte, tan importantes en el plano del individualismo, al permitir la autonomía de la vida, ocasionaron, al mismo tiempo, procesos egoístas y egocéntricos ligados a la degradación de las solidaridades tradicionales y del sentimiento de responsabilidad con relación al todo de lo que formamos parte.

En los tiempos actuales, existen dos principios en la ética vitales para los individuos y para las sociedades humanas: la solidaridad y la responsabilidad.

En la visión hegemónica del Norte, la *expertise* de un especialista competente en un área sustituye el pensamiento que reconecta áreas diferentes. La *expertise* es fragmentaria, el pensamiento lo reconecta. ¿Quién triunfa ante la pérdida de lo que es fundamental y de lo que es global? Lo que triunfa son las ideas fragmentares. Al mismo tiempo, lo que triunfa son ideas globales huecas, que ignoran principalmente los lazos entre unidad y diversidad, son igualmente triunfantes. Lo que domina es la causalidad mecánica, la causalidad determinista, la de las máquinas artificiales que producimos en los grandes complejos industriales. Aplicamos cada vez más esa causalidad determinista *cronometrada*, lineal a los individuos y a las sociedades.

Sin embargo, hay que considerarse que ni el individuo humano ni la sociedad humana son máquinas triviales. Una máquina trivial es una máquina totalmente determinista cuyos *outputs* son conocidos cuando los *inputs* también lo son; si conocemos las informaciones y los programas que la integran, conocemos los comportamientos y los resultados de ella provenientes. Ocurre que todo lo que le pasó a la humanidad proviene del hecho de que no somos máquinas triviales. Podemos también considerar que los grandes profetas –Jesús, Mahoma– que los grandes filósofos, los grandes científicos, los grandes músicos –Mozart, Beethoven– los grandes estadistas no eran máquinas triviales, ya que tomaron en consideración lo inesperado y lo creador. Cada uno de nosotros también, aun subyugados a lógicas triviales, escapa, pero, y la trivialidad por intermedio de nuestras aspiraciones, nuestros sueños, en nuestras súbitas manifestaciones amorosas, estéticas, transgresoras.

Cronometrada e híper-especializada, la lógica de la eficacia, de la previsibilidad, de la calculabilidad cronometrada e híper-especializada se esparció en incontables sectores de nuestras vidas. A empezar por las administraciones públicas en las que la burocracia gangrena la actividad gestonaria. Esa asume los comandos del mundo urbano e incluso del mundo rural, con la agricultura y la creación de ganado industrializadas. Invade también la educación, para dirigirla a la formación de profesionales eficientes y rentables. Invade la vida cotidiana. Invade el consumo, las reglas, el entretenimiento, los servicios. Hay lo que Ritzler llama de “la *mcdonaldización* de la sociedad”. En otras palabras, una forma cerrada de racionalización se está esparciendo por todo el planeta y esta racionalización produce una irracionalidad total.

Se habla del pensamiento único en la política. Pero el pensamiento único en la política no es sino una de las ramas de un pensamiento al mismo tiempo reductor y disyuntivo que reina en todas áreas y comanda, igualmente, a los opositores del pensamiento único que hacen denuncias justas, pero son incapaces de delinear cualquier argumento que pueda conducirnos a un nuevo camino.

La lógica del Norte, en fin, es ciega a las realidades del Sur, consideradas por ella como atraso, arcaísmo, pereza. El pensamiento del Norte está hecho para tratar los problemas de organización técnicos, prácticos y cuantificables, es decir, la prosa de la vida. Pero la vida humana no abarca solo la prosa. La prosa es lo que hacemos por obligación, por imposición, para ganarnos la vida. Y nos ganamos la vida, muchas veces, perdiéndola. La prosa nos hace sobrevivir. Vivir significa, sin embargo, vivir poéticamente, es decir, en el amor, en la comunión, en la realización de uno mismo, en la alegría y, en el límite, en el éxtasis. Retomo aquí la expresión de Hölderlin: “Poéticamente el hombre habita la Tierra”. En realidad, habitamos la Tierra prosaica y poéticamente. La prosa tiende, sin embargo, a invadir nuestras vidas, ¿será que el pensamiento del Sur tendría como misión recordar únicamente el carácter esencial de la poesía del vivir? Sobre todo por el hecho de que en el Sur existen las artes de vivir; arte de vivir en plaza pública, arte de vivir de manera extrovertida, arte de vivir en la comunicación, arte de vivir que comporta la hospitalidad, arte de vivir que preserva las cualidades poéticas de la vida.

No digo eso para rechazar del todo la lógica del Norte. Pienso que necesitamos aclimatar lo que viene del Norte. Es necesario que nos beneficiemos de las

contribuciones del Norte. Es necesario hacerlo sobre todo en lo que concierne a los derechos de la mujer, frecuentemente muy subestimados en el sur, a la emancipación de los adolescentes y de la juventud que es una contribución positiva, a las ideas de autonomía individual siempre y cuando combinadas con el sentimiento de las solidaridades que frecuentemente existen en el sur. Creo que es necesario integrar las contribuciones beneficiosas del Norte, rechazar sus aspectos perversos y nocivos y, sobre todo, rechazar su hegemonía. Como consecuencia de eso, es necesario ser capaz de señalar un camino.

De hecho, el pensamiento del Sur debería estar apto a enfrentarse a las complejidades de nuestras vidas, la complejidad de las realidades humanas y de la “insustentable complejidad” del mundo. El pensamiento del Sur solo puede ser complejo, y eso por el hecho de que, de acuerdo con el sentido original de la palabra *complexus*, en latín, “lo que se teje en conjunto”, el pensamiento complejo es aquel que reconecta lo que fue artificialmente separado. La misión de ese pensamiento se fija en el adagio latino “*sparsa colligo*”, que significa “reconecto lo que está disperso”. Así, el pensamiento del Sur sería un pensamiento que reconecta y, por lo mismo, estaría apto a resucitar los problemas globales y fundamentales. Se trata de un pensamiento que reconocería, defendería y promovería las cualidades y la poesía de la vida, aún más porque el Sur todavía permanece depositario de esa poesía que, frecuentemente, es considerada muchas veces por el norte como atraso, o como algo reservado simplemente a los períodos de vacaciones, un folclore que se puede disfrutar gozando del sol y del mar.

Es más, ¿sabían que vinieron del norte –incluso antes de la era industrial– las grandes nostalgias por el sur? Goethe lo afirmaba por medio de las palabras de Mignon: “¿Conoces el país donde florece el limonero?” Maravillado y deslumbrado, Hölderlin se refiere a la Grecia de Patmos. Durrell se delicia con Alejandría. El Norte también necesita del Sur. Lo que busca en las vacaciones significa algo más profundo que una necesidad superficial de relajación. Que quede claro que la visión cuantitativa ignora el problema esencial: la calidad de la vida. Reanimada por el pensamiento del sur, se puede; sin embargo, retornar a las ocupaciones, al *business*, a la técnica, al poder.

El pensamiento del Sur es solicitado a re-problematizar la sabiduría. Ustedes saben que una de las grandes herencias culturales de las Antigüedades griega y romana es la búsqueda por la sabiduría. Pero la idea de sabiduría identificada a una vida dotada de razón, una vida reglada opuesta a una vida hecha de pasión no es satisfactoria, a la medida que sabemos, principalmente a partir de los trabajos de Antonio Damasio y Jean-Didier Vincent, que la razón pura no existe. Incluso el matemático centrado en el cálculo demasiado racional tiene pasión por la matemática. No existe razón sin pasión. Por otro lado, la pasión sin esta linterna que es la razón se pervierte en delirio. La nueva sabiduría necesita; por tanto, buscar la “dialógica”, diálogo permanente, complementariedad en el antagonismo entre la razón y la pasión. No hay pasión sin razón, no hay razón sin pasión. No se trata de una sabiduría que puede programarse, sino una especie de memento que debe regenerarse incesantemente para guiarnos en la vida. Esa nueva sabiduría reconoce; por tanto, las virtudes de la poesía, es decir, las virtudes del amor y del sentido de comunidad.

La misión del pensamiento del Sur sería; por tanto, restaurar lo concreto, la existencia, lo que existe de afectivo en nuestras vidas. Restaurar lo singular, no disolverlo en un universal abstracto, sino integrarlo en lo universal concreto que conecta la unidad a la diversidad. Restaurar lo contexto y lo global. Es un pensamiento que debería empeñarse en restaurar las solidaridades concretas y no solo las solidaridades que se degradaron en nuestras civilizaciones occidentalizadas o *nortificadas*, sino también la nueva solidaridad planetaria cuya necesidad es vital para nosotros. Queremos una mundialización de solidaridad y de comprensión, una religión de la fraternidad humana en el sentido cuñado por mí de Tierra-patria.

El pensamiento del Sur debería restaurar valores que en él permanecen fuertes, como el sentimiento del honor y de la hospitalidad. Debería promoverse la regeneración ética a fin de poder regenerarse las solidaridades y las responsabilidades, al mismo tiempo en que se defendería la autonomía moral e intelectual. Doble y una, esa autonomía comporta la búsqueda de la verdad y la abertura estética que nos hacen estar plenamente conscientes de las inmensas emociones propiciadas por las artes, por la literatura, por el espectáculo de la naturaleza.

Hay que saberse que cuando esa autonomía individual se degrada, un nihilismo y un estetismo frívolo se instalan en nosotros. Su carácter intolerable apuesta por un regreso a las creencias absolutas y estrechas que creíamos sobrepasadas y en un regreso de los fanatismos y de las intolerancias. Hay que saberse, por fin, que para dominar las angustias de todo tipo impuestas por la crisis de la humanidad, las únicas respuestas a las angustias, inclusive a las angustias de la muerte, se encuentran en la comunidad, en el amor, en la donación de sí. Son esos los problemas de la humanidad en este tercer milenio. Son esos los caminos saludables. Ya que el Norte no puede hacerlo, le toca al Sur asumir la condición humana.

La nave espacial Tierra se encuentra en la noche y en la neblina. Sigue probablemente rumbo a las catástrofes, rumbo al abismo...

Afortunadamente; sin embargo, en la historia humana lo improbable algunas veces ocurrió, y menos mal que haya sido así. Y quizás uno de los improbables más admirables de la historia se encuentre en el sur, en el sur de Europa, en Grecia, cinco siglos antes de nuestra era. Después de eso, un gigantesco imperio, el imperio persa, que ya había absorbido todas las ciudades griegas de Asia Menor, para realizar una última absorción, se lanzó a la conquista de la pequeña ciudad de Atenas. A pesar de todas las probabilidades en contra, el pequeño ejército ateniense, con la ayuda de los esparciatas consigue resistir en Maratón y oponerse al enorme ejército de los persas. El imperio persa atacó Atenas por segunda vez y, esa vez, conquista, incendia e saquea toda la ciudad: todo parece perdido. Pero la flota griega preparó una trampa en el golfo de Salamina para la enorme flota persa, que tuvo destruidos sus navíos, uno tras otro, al pasar por el estrecho. Después de Salamina, Atenas no sufrió más el peligro persa y algunas décadas más tarde nació la democracia y la filosofía. Ese triunfo de lo improbable dio, por tanto, lugar a nuestra cultura.

Podemos hoy restaurar una esperanza en lo improbable. Esa esperanza no tiene ninguna certeza científica, porque dicha certeza científica del progreso actualmente se abolió. Se trata de una esperanza que no obedece a ninguna promesa histórica, después del colapso de todas las promesas de un futuro mejor, entre ellos el radiante futuro soviético. Hablamos de una esperanza que no es una esperanza cualquiera, sino la esperanza. ¿Podremos fundarla?

En primer lugar, podemos fundarla en la idea de la crisis, porque lo que es característico de una crisis es que ella encierra peligros enormes de regresión y destrucción, pero, además, encierra oportunidades de imaginación creativa, de diagnóstico pertinente, de elaboración de un camino para la salida. ¿Por qué habría un despertar creativo? Porque en todas las sociedades, como en todos los seres humanos, existen capacidades creativas adormecidas. Para explicitar mi argumento, uso el ejemplo de las células madre, que duermen en el adulto, en nuestra columna vertebral, en nuestro cerebro. Como son polivalentes, son portadoras de capacidades regenerativas inéditas que permiten fabricar el hígado, el bazo, el cerebro, la piel. Tarde o temprano, la biología y la medicina van a despertarlas...

Tomo el ejemplo de las células madre como metáfora para decir que capacidades generadoras duermen en las sociedades y despiertan en épocas de crisis. Además, en toda sociedad rígida, normalizada, en las que las mentes son casi todas domesticadas, ellas existen y pueden despertarse en los individuos desviantes: poetas, escritores, músicos, descubridores, *bricoleurs*¹. Esas capacidades creativas pueden, entonces, despertarse con la crisis y con el peligro.

Existe, de igual manera, la aspiración a la armonía, que permea toda la historia de la humanidad. Sometidos; sin embargo, a la organización social, a las *compartimentalizaciones*, a las jerarquías, salvamos rincones, trocitos de armonía en nuestras vidas cotidianas a la medida de lo posible: en fiestas, en comidas compartidas con amigos, en partidos de fútbol, en nuestros amores. La aspiración a la armonía fue expresada en los paraísos cristiano y musulmán. Fue expresada en las ideas libertarias socialistas, comunistas, pero el destino histórico decepcionó o engañó hasta hoy esa aspiración. Ella se manifestó en las revueltas juveniles de mayo de 1968, y volverá a manifestarse. En mi opinión, esa aspiración todavía va a suscitar otras regeneraciones.

Cuando un sistema no es capaz de tratar sus problemas vitales y fundamentales, se desintegra, o entonces es capaz de metamorfosearse, o sea, de engendrar un meta sistema más rico que pueda tratar esos problemas. El sistema Tierra no consigue hoy tratar sus problemas vitales: el regreso del hambre; la muerte de la humanidad representada por la utilización de las armas nucleares; la degradación de la naturaleza; la violencia de la economía. Nuestro sistema se encuentra; por tanto, condenado a la muerte o a la metamorfosis. Claro, la metamorfosis no se decreta. La metamorfosis no se programa. No se puede, quizás, incluso predecir la forma que esa nueva sociedad

¹ Término utilizado para definir creadores que no tienen un proyecto definido para la producción de objetos en general, haciendo uso de residuos culturales acabados. (N.T.)

asumiría en la escala del mundo, algo que ciertamente no negaría las patrias, pero crearía una verdadera Tierra-patria. Entonces, busquemos, busquemos los caminos, caminos improbables es verdad, pero posibles, que permitirán caminar hacia la dirección de la metamorfosis. Sería esa la misión grandiosa y universal del pensamiento del Sur.

Edgar Morin